

Del amor como sacrificio

Él es judío y ella, católica. Ambos están muy enamorados y desean casarse. Para él la religión es algo muy importante y le ha pedido a ella que, para que puedan contraer matrimonio y luego tener hijos, se convierta al judaísmo. Ella no está segura. No es una católica devota pero algo no la convence. No obstante piensa que si lo ama verdaderamente, y así lo siente, debería hacerlo. Él dice sinceramente que él lo haría por ella si la situación fuese al revés.

GABRIELA Y DAVID:

Hace algunos años, cuando todavía me encontraba realizando mi formación como médico psiquiatra, dicté junto con otros dos profesionales varios talleres para adolescentes destinados a la prevención de enfermedades de transmisión sexual y del embarazo no deseado. Fue en el curso de esos talleres cuando, a raíz de la pregunta de una muchacha, supe de una práctica relativamente frecuente entre los jóvenes de Buenos Aires que, por un lado, me preocupó y, por otro, me pareció una clara muestra de la idea que muchas veces tenemos de lo que es el amor...

Sucedió que hablábamos sobre los modos de transmisión del VIH cuando una jovencita (no tendría más de quince años)

preguntó si era posible contraer el virus con un apretón de manos y dado el caso que las dos personas tuvieran una herida sangrante en la palma de la mano. Le explicamos que, si bien la transmisión del virus por esta vía podría ser posible, era un tanto improbable, pues para que ello ocurriese sería necesario que la sangre de uno entrase a la circulación del otro y eso era dificultoso en heridas como aquéllas. Sin embargo, el tono de su pregunta nos hizo sospechar algo más y quisimos saber el porqué de su duda. La muchacha contó entonces que muchos jóvenes solían inflingirse heridas en las manos para luego estrecharlas en lo que llamaban un “pacto de sangre”, como muestra de amistad o amor incondicional. Lo impactante era que el ritual se sostenía sobre la creencia de que, mediante esa práctica, *sí* contraerían el virus si uno de los dos lo portaba. La posible transmisión del VIH no era una consecuencia indeseada del ritual sino, precisamente, el sentido del mismo. Lo que los jóvenes buscaban expresar de esta manera era: “Te quiero tanto que, si tienes VIH, también yo quiero tenerlo”. Ésa era, para ellos, la máxima expresión del amor.

Aquel día pasamos el tiempo que restaba del taller hablando con los muchachos sobre sus ideas respecto del amor y la confianza. Descubrimos que a la hora de tener relaciones sexuales, en muchas ocasiones la propuesta de usar un preservativo era considerada como un signo de desconfianza o desamor. “Si quieres cuidarte es porque andas metido en algo raro o porque no confías en mí”; vale decir: “si te cuidas es que no me quieres de veras”. Ese día comprendimos la importancia de revisar junto con los adolescentes sus concepciones sobre el amor, la amistad y el compromiso si queríamos infundir en ellos una sexualidad responsable. Asimismo, yo me di cuenta de lo peligroso que puede resultar para nuestra salud mental e incluso física entender erróneamente lo que significa amar.

Quizá ustedes también se horroricen frente a la posibilidad de que, en nombre del amor, los jóvenes acaben haciendo cosas que resulten dañinas para sí mismos o se permitan manifestar exigencias que terminan bordeando la crueldad y la extorsión. Pero de ningún modo deberíamos sorprendernos ni, mucho menos, considerar que este tipo de conductas son exclusivas de la adolescencia. Si bien es cierto que el ejemplo que les conté es un tanto extremo (como lo son muchas cosas durante esa etapa de la vida), no es más que la manifestación adolescente de una idea del amor, la cual está muy extendida y profundamente arraigada en nuestra cultura.

Detrás de este tipo de actitudes está, por supuesto, la concepción de que el amor implica sacrificio. Y no hablo aquí sólo del amor de pareja o romántico, sino del amor en general. Del amor entre padres e hijos, del amor entre amigos y, también, del amor hacia el resto del mundo. Hablo de eso que en general llamamos “querer”. Y lo que considero en verdad tóxico es la idea de que el afecto se mide según qué tanto está uno dispuesto a sacrificar por el otro.

Creo que muchas veces no dimensionamos hasta qué punto esta creencia está impregnada en nuestra cultura occidental y cómo nos influye sin que nos demos cuenta. Es sabido el papel fundamental que el sacrificio tiene para el credo cristiano, tan dominante en nuestro sistema de creencias colectivo (el sacrificio de Jesús está en el centro mismo de la doctrina cristiana). Pero incluso antes del cristianismo, en el Viejo Testamento de la Biblia, puede encontrarse una visión similar. El ejemplo más claro quizá lo encontremos en la historia de Abraham. Dios le pide a Abraham que lleve a su único hijo, Isaac, al monte, y que allí lo sacrifique, en nombre de su creador. Abraham, que cree que su amor a Dios lo obliga a ello, se dispone a cumplir lo encomendado. Sólo en el

último momento, cuando ya ha desenfundado el cuchillo con que piensa matar a su propio hijo, Dios lo detiene para comunicarle que ha pasado la prueba: tiene fe y amor *verdaderos* por Dios. A decir verdad, el mensaje que transmite esta historia me parece bastante nefasto: “sólo amas si estás dispuesto a entregar lo más preciado, a destruirte a ti mismo si ese amor lo requiriese”.

En la cultura moderna tampoco faltan historias que muestren cuán arraigado está el sacrificio en nuestra concepción del amor. El renovado interés por las leyendas vampíricas es, en mi opinión, una manifestación del recrudecimiento de esta ideología. Por eso los vampiros modernos no son ya aquellos seres monstruosos y aborrecibles de las películas en blanco y negro que inspiraban temor y rechazo, sino, por el contrario, seres apuestos y seductores que despiertan en sus víctimas un deseo que persiste aun cuando éstas conocen el peligro al que se exponen. Los mitos vampíricos nos hablan de eso: de un amor que lleva en sí mismo la semilla de la destrucción, de un deseo que nos empuja a ser consumidos, de la irresistible urgencia de entregarnos a aquel que se alimentará de nuestra esencia vital, de un beso que, al tiempo que nos colma de placer, nos extrae la vida.

El sacrificio no toma siempre formas tan extremas como las que he comentado hasta aquí. Hay muchos otros modos más sutiles y hartos más frecuentes del sacrificio en nombre del querer. En nuestra vida cotidiana podemos reconocer dos modos privilegiados (por su frecuencia y aún más porque ambos gozan de cierta “aceptación” en la sociedad) en los que esta creencia se manifiesta en los vínculos entre las personas: al primero podríamos llamarlo “prueba de amor” y al segundo, “promesa de cambio”. Existen por supuesto múltiples variaciones en magnitud, temática y presentación, pero me parece que en general siempre podemos observar uno de estos dos patrones. Ambos pueden presentarse

espontáneamente, como un intento por querer “demostrarle” al otro nuestro amor (como los jóvenes que realizan el “pacto de sangre”), o cediendo a una demanda del otro (como Abraham frente a Dios) para evitar una confrontación o para retenerlo.

La primera de estas modalidades, la “prueba de amor”, está relacionada con el *hacer*. El principio que la rige podría formularse básicamente así: “quien en verdad quiere, está dispuesto a hacer cualquier cosa por el ser querido”. La historia de Abraham y la de los jóvenes que cito al comienzo pertenecen a esta categoría; sin embargo, las acciones que se convierten en pruebas de amor en ocasiones pueden ser tan sencillas como acompañar al otro en una salida:

–Oye, ¿me acompañas a una fiesta en casa de mi primo?

–No, gracias, no me dan ganas.

–Venga, hazlo por mí.

–No, en verdad, esta vez paso.

–Pues eres un mal amigo.

¿Qué significa esto? ¿Que si no hago lo que a ti te place, no te quiero? Quizá así expresado parezca ridículo, pero hay muchos vínculos que están sostenidos exclusivamente sobre la base de “complacer al otro”. Tanto así que, en ocasiones, ni siquiera es necesario que uno de los dos formule un pedido. Ambos tratan secretamente de agradar al otro, aun a costa de ir en contra de sí mismos, convencidos de que si dan lugar a sus propios deseos están faltando al amor que prodigan.

Las “pruebas de amor”, grandes o pequeñas, no conducen a un lazo firme, sino a una relación de exigencias y rivalidades. Por eso debemos cuidarnos de aquellos que pretenden juzgarnos según sus propios estándares y decirnos qué es lo que sentimos. “Si no haces tal cosa es que no me quieres”, suelen decir. “Hazme el favor de no decirme qué es lo que yo siento”, me entran ganas de

responder. “Yo te quiero. Puede que no te guste mi modo de querer, pero ésa es otra cuestión.”

El otro de estos modos de vinculación, el de la “promesa de cambio”, está más relacionado con el *ser*. Creo que está aún más extendido que el anterior, pues de alguna manera parece más inocente: “esconde” mejor el hecho de que también se trata de un sacrificio. La idea sobre la que se basa sería algo así como: “quien de verdad quiere, está dispuesto a ser como el ser querido quiere que sea”. Como ven, en realidad el concepto es paralelo al de la “prueba de amor”, sólo que en este caso el sacrificio está en tener que ser de determinada manera y no como en el caso anterior, en hacer algo específico por el otro. En la vida cotidiana esto se presenta de un modo que, como dije, parece inofensivo y hasta moralmente correcto. Para ilustrar esto, retomo el ejemplo que les presenté antes:

–Oye, ¿me acompañas a una fiesta en casa de mi primo?

–Te lo agradezco, pero no me siento cómodo con extraños.

–Eres demasiado tímido, así no podremos ser amigos.

–Pero yo te aprecio mucho; te prometo que cambiaré.

–Bien... Una sola pregunta, ¿cuánto tiempo crees que te llevará?

Ambos se comportan movidos por las “buenas intenciones”. Uno, porque intenta conservar el vínculo aunque del otro no le agrada; el otro, porque se propone “mejorar”. Por desgracia, más allá de las intenciones, una relación construida sobre la condición de que alguno de los dos cambie está destinada al fracaso. ¿Por qué? Pues porque “cambiar” implica dejar de ser quien uno es; implica, como decía antes, un sacrificio de mi *ser*. ¿Pero es que uno no puede querer crecer, mejorar?, me dirán. Por supuesto, pero basado en un deseo propio; no por una exigencia que viene de fuera o por no perder el amor de otro. A ver si puedo adivinar la siguiente pregunta que me harían: ¿no es posible que el aspecto que el

otro quiere que cambie coincida con algo que yo también deseo cambiar? Sí, claro que es posible, pero en general me parece que ése es un modo de justificar que lo que en verdad quiero es no perder su amor. Quiero decir: no hay ningún problema en el hecho de que alguien que me quiere me señale algo que le desagrada de mí, y tampoco con que me sugiera que me conduzca de tal o cual manera. Puedo muy bien responder: “Lo intentaré” o “seré cuidadoso con ello” o “es algo que me resulta difícil, pero estoy trabajando en ello”. Pero si determinado rasgo mío le resulta al otro *insoponible*, si realmente *no puede* tener un vínculo conmigo si yo continúo siendo de tal o cual modo, tendremos que empezar a pensar seriamente que esa relación puede ser insostenible. O aceptamos al otro como es y pensamos en cómo lidiar con lo que no me gusta de él o aceptamos que ese vínculo no es posible; pero conservarlo para andar repitiendo una y otra vez “tienes que ser más de tal modo” o “menos de tal otro”, es condenarnos a que o tú o yo terminemos sacrificando parte de quienes somos.

Ya sea bajo la premisa de la “prueba de amor” o de la “promesa de cambio”, el sacrificio en nombre del amor conduce inevitablemente a dos circunstancias que a la larga terminan por deteriorar tanto el vínculo que tenemos con el otro como el que tenemos con nosotros mismos. En primer lugar, este “ir en contra de uno mismo” genera resentimiento. Aun cuando hayamos sido nosotros mismos quienes nos hayamos ofrendado sin que medie “presión” por parte del otro (aún más si la hubo) acabaremos resentidos con él o ella, porque sabremos en nuestro fuero interno que fue por no traicionar a ese otro que acabamos traicionándonos a nosotros mismos. Al cabo, ese resentimiento terminará expresándose en alguna forma de maltrato.

La otra consecuencia del sacrificio en aras del amor es que aun cuando esto funcione y logremos retener al otro, lo haremos

a costa de nuestra autenticidad. Así, no será nuestro verdadero yo quien obtenga el tan preciado amor, sino ese otro de quien nos hemos disfrazado para conseguirlo. Pero además, en el proceso iremos perdiendo contacto con lo que auténticamente somos y deseamos, hasta tal punto que cada vez nos resultará más difícil poder identificarlo y acabaremos sintiéndonos perdidos, confusos y debilitados.

Por lo tanto, para querer a los demás de una manera sana, primero tengo que serme fiel a mí mismo. Conviene alimentar aquellos amores que me empujan a ser cada vez más yo y hacer a un lado la tentación de traicionarme para obtener el amor de los otros. Quizá, en el camino, algunos vínculos se pierdan o cambien de forma. Enhorabuena: eran relaciones que en todo caso ya estaban perdidas (aunque no lo supiéramos) o que necesitaban ser reformuladas (aunque no quisiéramos aceptarlo).

FUENTES Y LECTURAS RECOMENDADAS

La parábola de Abraham e Isaac se narra en el libro del Génesis, en el capítulo 22. La historia, a decir verdad, no deja demasiado bien parado a Dios. En su defensa podríamos decir que Abraham contaba ya con cien años cuando nació Isaac y que Dios le había concedido tener un hijo sólo después de que Abraham le rogara por ello durante largo tiempo. Es posible que Abraham se hubiera puesto algo pesado por demás y que Dios quisiera tomarse luego una pequeña revancha. De hecho, hay quienes sostienen que esta parábola representa el primer chiste en la historia de la humanidad: es una broma que le juega Dios a Abraham: “¡Abraham, hombre! ¿No pensaste que en verdad iba a pedirte que mataras a tu hijo o sí?!”. Algunos apuntan al nombre del niño como confirmación de esta lectura, pues Isaac significa justamente: risa. De todos modos, como broma, me parece un poco subida de tono... pero quizá sea sólo yo: nunca me han gustado las inocentadas.

En su libro *De la obsesión al deseo*, el psicoanalista argentino Hugo Dvoskin sugiere una interesante lectura de esta parábola a partir de la premisa de pensarla como un sueño del propio Abraham. Tomando algunos elementos de los que Dvoskin propone podríamos pensar que, en efecto, Dios está probando a Abraham, pero que éste, lejos de superar la prueba, la falla estrepitosamente. Me gusta pensar que lo que Dios está esperando no es que Abraham lo obedezca ciegamente sino, por el contrario, que le haga frente, que se rebele aun ante su creador y le diga algo como: “Tú me has dado a Isaac pero ahora es *mi* hijo y no lo entregaré. No tendré lealtad alguna hacia un Dios que es capaz de pedir cosas como ésta”. Imagino a Dios estupefacto viendo a Abraham dispuesto a llevar a cabo la orden sin vacilar. Lo imagino esperando hasta el último momento para dar posibilidades a Abraham de retractarse y, al comprobar que eso no sucede, deteniéndolo al fin, decepcionado. Este Dios, un Dios que no pida obediencia ciega sino que espere de sus “hijos” que puedan disentir de él y autorizarse a decir su verdad, es un Dios en el que me gustaría creer.

Hugo Dvoskin, *De la obsesión al deseo*, Letra Viva, Buenos Aires, 2001.